

mos no dejaban de estar algo desconcertados por aquella guerra contra furiosos que entraban en sus trincheras armados de arpones y mazorcadores (1) y «herian con los instrumentos de que se sirven para desgranar el trigo;» las auroras boreales impresionaban su imaginación, no habiendo visto antes jamás estos fenómenos de fuego, y todos creían que «estas señales en el cielo eran cosa de prodigio fuera de la naturaleza» (2).

Acaso también eran mandados por un general incapaz: Don Fadrique no sabía ganarse su confianza, «dábase buena vida,» según la expresión del duque de Medinaceli (3). Algunos meses después los soldados españoles «declararon en alta voz que no querían ser conducidos ni mandados por tal jefe. No creo que el duque pueda salir de este atolladero y lo que más le llega al corazón es ver tan menguada la reputación de su hijo» (4).

A pesar de los refuerzos españoles, algunos sitiados salen aún de la plaza: tienen que saltar más de cien fosos, llevando una jaula con dos ó tres palomas. Cuando llegan á donde espera el príncipe de Orange escriben una carta, la atan á una paloma y la dejan en libertad. Las palomas vuelven á la querencia del palomar y así se transmiten las noticias (5). Una especie de frenesí parece haber poseído así á los sitiados, como á los sitiadores. El duque de Alba exclama (6): Parece increíble; cuantos más de esos traidores se matan, más se levantan delante de mí. Hasta ahora no se había visto ni oído contar nunca una guerra tan extraordinaria en un país tan extraño (7).

Pero el verano se viene encima á más andar: la escuadra holandesa es impelida lejos del lago hacia alta mar; las tentativas de socorro se hacen públicas, y los voluntarios que quieren introducir víveres caen en poder del enemigo que los ahorca sin piedad. Seis meses de privaciones han agotado las fuerzas de los habitantes de Haarlem: los niños sucumben; las mujeres también. Se avisa á Orange que ya no hay víveres; el príncipe avisa á su vez á los burgueses de Delft y de Rotterdam y parte con ellos empujando cuatrocientos carros de provisiones. Es el 8 de julio: hace siete meses justos que dura el sitio. Algunos espías hacen conocer este es-

- (1) Mendoza.
- (2) *Ibid.*
- (3) *Corresp. de Mondouct*. Soc. R. de hist., pág. 22.
- (4) *Ibid.* pág. 35.
- (5) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 363.
- (6) *Ibid.* pág. 357.
- (7) *Ibid.* pág. 354.

fuerzo supremo y Don Fadrique con tropas escogidas cae sobre el convoy holandés, lo dispersa y mata según costumbre á los prisioneros, salvo uno solo, que con las orejas y la nariz cortadas envía á la plaza á que anuncie la noticia. «Hacia ya más de seis días que sólo vivían dentro de pan de nabos y cañamones, sin que les quedara ya un gato ni una rata (8).»

El duque de Alba lo sabe.—Si se entregan á la misericordia del rey, los aceptaré, pero de tal manera que no podrán ir á meterse en otra ciudad (9). Fué menester rebajar algo de estos proyectos feroces. Los sitiados amenazaron hacer una salida desesperada y morir matando españoles, si no se garantizaba á lo menos la vida á mujeres y niños. Por ahorrar una pérdida inútil de soldados tan necesarios á la sazón, hubo de conceder Don Fadrique una capitulación.—De los walones, franceses é ingleses, dice Alba (10), escribo á mi hijo que no me deje uno á vida; de los alemanes sólo matará á los jefes; los demás serán puestos en cueros.—Los españoles entraron por fin en la ciudad: mataron al capitán Ripperda y á los sesenta burgueses principales; después á los dos mil hombres aún vivos, «corriendo los pobres pacientes á cual más para morir cuanto antes; ahogaron á muchos otros echándolos al agua atados á dos y á tres juntos» (11). Los seiscientos alemanes fueron enviados á su país. «Ahora, dice el duque de Alba (12), puede usarse de misericordia.»

Última matanza, última alegría, contraste entre esta destrucción de los rebeldes y la humillación del rey de Francia que en los mismos momentos (13) levantaba el sitio de la Rochela y entraba en composición con los hugonotes. Felipe sabe gozar de la diferencia entre este triunfo y «la suciedad y bajeza del rey de Francia que se rinde á sus súbditos como un sitiado» (14). Pero ya Haarlem es otra vez perdida.

#### VIII.—Desaliento del duque de Alba

Quince días después de la toma de Haarlem las veteranas compañías españolas que no recibían sus soldadas expulsaron á sus oficiales, eligieron un jefe de entre ellas y se apoderaron

- (8) *Corresp. de Mondouct*, carta del 11 de julio.
- (9) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 282.
- (10) *Ibid.* pág. 387.
- (11) *Memorias anónimas*, tom. I, pág. 143.
- (12) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 393.
- (13) El 6 de julio: la toma de Haarlem es del 14 de julio 1573.
- (14) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 397. «El rey de Francia se rindió á sus rebeldes tan sucia y baxamente como si él fuera el asediado.»

de la ciudad como en prendas. Una rebelión semejante se había ya ofrecido en Sicilia algunos años antes: es la decadencia que empieza por el síntoma más alarmante, el de los tumultos militares. El soldado español tan vigorosamente hecho á la disciplina de Carlos V, sabe mientras Felipe II se encierra en su despacho, cómo se manifiesta impunemente el descontento y cómo se imponen sus caprichos á su país.—Cuarenta años hace que no he visto cosa semejante, dice el duque de Alba (1); todos mis proyectos fracasan; la situación es desesperada.—La contestación del rey es característica (2).—Esta carta es para decirlos el cuidado en que me ha puesto el amotinamiento de los españoles, particularmente en tales momentos, lo que no dejará de arrastrar grandes embarazos en impedir los buenos efectos que se podían obtener conforme al plan y al orden que vos me habeis comunicado; bien que estoy seguro que con la prudencia que os es natural y las circunstancias piden los habeis ya calmado, usando para este resultado de todos los medios que hayan sido posibles: con todo eso...—Al ver en semejante crisis derramar frases tan triviales, bien se comprende la inminencia de la ruina.

El remedio fué prometer á los soldados el completo olvido de su rebelión y el saqueo de Alkmaar, ciudad holandesa fácil de ocupar, porque era plaza abierta que los rebeldes procuraban con mucho empeño poner en estado de defensa hacia algunos meses (3). Si Alkmaar se toma por asalto, escribe el duque de Alba (4), estoy resuelto á no dejar á vida una criatura, á pasarlos á todos á cuchillo.

Alkmaar fué embestida (5) por diez y seis mil hombres. Los españoles habían perdido más de diez mil delante de Haarlem y no se atrevieron á intentar un asalto hasta pasado un mes (6). Pero fueron rechazados por los burgueses y por sus mujeres, «las cuales lanzaban piedras, disparaban ruedas armadas de puntas de hierro, vertían sobre los sitiadores pez y aceite hirviendo y plomo derretido» (7). El día siguiente, cuando los maestros de campo ordenaron un nuevo asalto, se negaron á obedecer los soldados, y se quejaron de dormir en el lodo. El duque de Alba estaba aterrado.—Van á su-

- (1) *Corresp. de Felipe II*, carta del 2 de agosto de 1573.
- (2) Esta carta está publicada por Mayans y Ciscar, *Cartas de varios autores*, tom. II, carta del 10 de setiembre de 1563.
- (3) Mendoza pág. 498. «Villa abierta, los rebeldes la fortificaron.»
- (4) *Corresp. de Felipe II*, pág. 400, carta del 30 de agosto 1573.
- (5) El 21 de agosto de 1573.
- (6) El 18 de setiembre de 1573.
- (7) Mendoza, pág. 499.

blevarse otra vez, decía con despecho; los oficiales están heridos y sumergida la artillería.—Veinte días después, se levantaba el sitio y casi al mismo tiempo era destruida la armada española por las naves holandesas (8).

Estos reveses eran tanto más dolorosos para el duque de Alba, cuanto que presagiaban su propia desgracia. Había encontrado un país pacificado por la blanda mano de Margarita, quería destruirlo por la fuerza bruta, y caía impotente sobre su obra. Hacia tiempo que sabía que su amo no lo perdonaría, sino á condición de una victoria completa. Desde fines de 1571, había comprendido por la poca benevolencia con que Felipe recibiera á su matador Vargas, que sus procedimientos judiciales no agradaban.—Si no se da un empleo considerable en España á Vargas, había escrito (9), será desaprobar mi conducta y hasta deshonrarme, como quiera que el mundo entero pensaría que el rey no está satisfecho de los servicios que le hemos prestado los dos juntos.

Señales más alarmantes aún se ofrecen como precursoras de su ruina. Mientras los burgueses de Haarlem mantienen inmóvil su ejército delante de las murallas, todas las lenguas se desatan. El español Pedro Canales es el primero que escribe á Zayas (10):—Los negocios, dice, están muy mal dirigidos en este país; están de tal manera extremados que ó se envían inmediatamente soldados y dineros ó hay que resignarse á perderlo todo.—Después, los miembros del gran Consejo de Malinas aprovechan el momento para exponer al rey los horrores del saqueo de su ciudad é insisten hábilmente en lo que debe interesarle. «No se ha respetado ni á los religiosos ni al clero secular, que habían salido á recibir al duque con sus sagrados ornamentos» (11). Luégo, el español Estéban Praets (12) atribuye la resistencia de los rebeldes á los excesos que el duque deja cometer.—Hasta se ha visto á maestros de campo y capitanes, dice, violar primero y matar después á las doncellas: en ninguna crónica antigua se ven semejantes ejemplos de barbarie. Nadie conoce los pormenores mejor que yo, como empleado que soy en el despacho de negocios criminales.—Grave ofensa á Dios, añaden por su parte los

- (8) El sitio se levantó el 8 de octubre; el combate naval fué el 11 de octubre de 1573.
- (9) Carta publicada por Mayans y Ciscar, tom. II, 21 de diciembre de 1571.
- (10) *Doc. inéd.* tom. XXXVI, pág. 166, del 26 de enero de 1573.
- (11) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 329, del 11 abril 1573.
- (12) *Ibid.* 29 abril.

obispos (1); el rey carga su conciencia de crímenes sin número, y debería por el amor de Dios tener á raya á sus soldados que viven en medio de los robos, de los adulterios, de las impurezas, provocando la cólera de Dios y muriendo impenitentes.—La crueldad se hubiera hecho disculpable con el éxito. Pero Felipe, esperando muchos meses en vano la noticia de la toma de Haarlem, recogía estas quejas, se irritaba de que se derramara la sangre de un modo tan grosero, y disimulaba tan poco su desagrado, que el duque de Alba lo advertía al través de su prolija prosa (2).—He observado de algun tiempo á esta parte, cómo por toda contestación á mis propuestas no sino recibo argumentos para refutarlas. Es un estilo muy diferente de aquel á que me tenía acostumbrado el rey. De aquí resultan grandes inconvenientes y muy más grandes seguirán.—Conoce que se hunde: no haya que esperar ya victoria; ni ciudad sin un sitio homicida. «El duque de Alba padece una aflicción que nadie creería» (3). Hace mucho tiempo que se habla de su reemplazo: el duque de Medinaceli ha vuelto á España, y el rey ha elegido otro sucesor. El 31 de enero (4) escribió á Don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla y gobernador de Milan.—Me he decidido, le decía, á nombraros para el cargo más importante de que puedo disponer. Id á los Países Bajos. No digais palabra á nadie ántes de vuestra llegada. No admito excusa ni tardanza: quiero que me sirvais inmediatamente y sin réplica.—Pero á lo ménos era menester esperar la destitución del duque de Alba y las instrucciones de Felipe, y Requesens esperó: el rey tan impaciente en enero esperó también. ¿Qué pasaba en su ánimo? Nadie lo sabe: «tan poco comunicativo es de sus pensamientos y deliberaciones, queriendo más bien trabajar en escribir de su mano las cosas que quiere ocultar, que encargarlo hacer á nadie del mundo» (5). Sólo hasta el 15 de octubre, una semana después de haber levantado el sitio de Alkmaar, viene Felipe en prevenir al duque de Alba de una resolución tomada desde principios de año.—Vuestro sucesor está en camino, añade, pronto llegará con una amnistía: bien sé que los rebeldes son pérfidos, comprendo todos vuestros argumentos para continuar el sistema

(1) Los obispos de Arras y de Ipres y el abad de Anchin al rey. *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 357, del 13 mayo 1573.  
 (2) *Ibid.* pág. 322.  
 (3) *Doc. inéd.* tom. XLI, pág. 282, Arias Montano á Zayas.  
 (4) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 308.  
 (5) Saint Gouard á Carlos IX, del 19 de julio 1573, Col. de Groen Van Prinsterer, tom. IV, Suplem. pág. 93.

del rigor y los doy por muy buenos; pero veo que las cosas han llegado á un extremo que nos obligan á emplear otros medios. Todos mis recursos están agotados y no sé cómo adelantar ni retroceder. No entiendo, sin embargo, aceptar nunca una concesión que no esté conforme con nuestra santa fe católica, aunque hubiera de perder todas las provincias.

Alba que acaba de escribir:—Con la dulzura no se consigue nada de esta gente (6),—se siente impulsado al último grado del furor. Va á retirarse vencido. ¡Haber derramado tanta sangre y partir humillado! Es demasiado para su orgullo. Entonces dirige al rey estas extrañas palabras (7):—Se me aconseja destruir á fuego todo



D. Luis de Requesens

lo que no ocupan los presidios españoles. Es también mi opinión, aunque se arruinara el país por ocho ó diez años: si se tratara de provincias conquistadas á un soberano extranjero, no vacilaría, sin pedir permiso al rey, en hacer lo que me pareciera útil; pero como estas provincias son el patrimonio de V. M. no me he atrevido á hacerlo, salvo algunos villorrios que he mandado incendiar, y los que incendiaré todavía.

Esta proposición no espanta ni mucho ménos al rey; quiere ensayar otros medios, ántes de destruir á fuego todas las ciudades que no puedan ocupar las tropas reales (8); pero no le parece mal que se ponga en estudio el procedimiento del duque de Alba. ¡Pueril versatilidad! Las tropas reales no son ya más que una banda sin disciplina.—Todos los tercios se sublevan,

(6) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 411.  
 (7) *Ibid.* pág. 423.  
 (8) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 437.

hasta el de Nápoles, escribe el duque de Alba (1). Se fuerza mi puerta con una licencia que me hace temer afrentas. Desde que estoy al servicio de V. M., como cuando estuve al servicio del emperador, no he pasado nunca días de más cruel inquietud.—Enciérrase en Bruselas. «Siempre guarda cama, sea que lo postre la gota, sea que no quiera presentarse en público después de su mal éxito... yo creo que la gota es más de cabeza, que de piés» (2).

Levántase, sin embargo, al saber la llegada de Requesens: tiene aún un día suyo y lo emplea en lo que le queda por hacer.—Beso los piés del rey por la bondad que me ha hecho de permitir mi vuelta á España, escribe (3); acabo de hacer agarrotar secretamente á Genlis, después de haber hecho correr la noticia de que estaba enfermo.—No ha querido el duque dejar siquiera este crimen á Requesens. El día siguiente resigna el mando y se embarca en fin con sus favoritos. «No quiero omitir el infinito de los dichos países Vargas y el secretario Alborno, el tuerto, el cual, según se estimaba,

había reunido por diversos manejos y exacciones hasta cincuenta mil florines de renta» (4). Volvía á España para sufrir la humillación de su descalabro, la cólera del rey, el despecho de la desgracia.—Era un gran personaje, escribe el cardenal Granvela (5); pero quisiera yo que no hubiese visto nunca los Países Bajos por muchas razones.

¿Comprendió que se había engañado, esto es, le acosó el remordimiento? Una leyenda lo afirma, leyenda que fué recogida por Brantome. «He oído contar á un fraile español, muy hábil hombre, que este gran duque ántes de morir sintió muy cargada su conciencia de las crueldades que había hecho en Flandes; lo que habiéndole referido al rey de España, le mandó á decir que él las tomaba todas sobre sí y sobre su ánima.» ¡Qué consuelo para el fin de sus días! Sabían ambos á dos que el uno y el otro habían pecado grandemente y que los diablos podrían jugarles una mala partida secretamente; y por tanto descargándose uno en otro, quien tuviese ménos carga se salvaría más fácilmente.

## CAPITULO XVIII

SEGUNDO PERÍODO DE LA LUCHA CONTRA LOS PAÍSES BAJOS.—  
 EL COMENDADOR MAYOR DE CASTILLA.—1574-1576

MARNIX DE SANTA-ALDEGONDA.—BATALLA DE MOOK Y PRIMER SAQUEO DE AMBERES.—  
 SITIO DE LEIDEN.—TENTATIVAS DE TRANSACCION.—MUERTE DE REQUESENS

I.—Marnix de Santa-Aldegonda

Felipe II no había hablado más de ir personalmente á sus provincias flamencas. Mas para obtener la sumisión de los españoles amotinados, de los holandeses en armas y de los waloones descontentos no podía haber elegido un de-

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 429.  
 (2) Mondoucet á Carlos IX, 16 y 24 nov. 1573.  
 (3) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 431.  
 (4) *Memorias anónimas*, tom. I, pág. 148.  
 (5) Granvela al prior de Bellefontaine. V. Gachard, *Corresp. de Felipe II*, tom. II, Prólogo, pág. 75. El duque de Alba tenía que hacer la vista gorda para no ver las picardías de Alborno y los otros, porque él tampoco tenía las manos muy limpias. Aquel altivo capitán general no se desdendió de elegir varios objetos en el palacio del príncipe de Orange, según lo hace constar el inventario hecho en el acto de la confiscación. Un gran cuadro que representaba el Juicio de París, figura especialmente entre los objetos que el duque de Alba sustrajo y se llevó á su casa. Véase la *Corresp. de Guillermo*, tom. IV, Prólogo, pág. 15.

legado más inconveniente que Don Luis de Requesens comendador mayor de Castilla. El nuevo gobernador no tenía ninguna influencia en el ejército. «Tiene reputación de mejor negociador que soldado, y con todo eso tiene muchos humos y presunción y piensa que nadie vale tanto como él» (6). Ni siquiera tiene el mérito vulgar de la salud; está «mal dispuesto de su persona para el trabajo que requieren tan graves negocios, como quien lleva por sus malos humores dos fuentes abiertas, una en un brazo y otra en una pierna» (7). No sabe una

(6) Ms. Bibl. nac. n.º 16105, fol. 29, Saint Gouard á Carlos IX, 25 abril 1573. Son poco más ó ménos los términos que emplea Del Rio, *Memorias*, tom. I, pág. 52. «Virum pacis quam belli artibus instructiorem.»  
 (7) *Ibid.* fol. 68, Saint Gouard á la reina madre, 20 oct 1573.